

esponeros, sistema largo tiempo meditado, y que es, lo digo con la mayor franqueza, la última espresion de la ciencia social.

Algunos aplausos cubrieron las últimas palabras del orador, que arrojó sobre el areópago una mirada interrogativa, para juzgar del efecto que habia producido.

—Señor, dice el economista, ¿es permitido presentar algunas objeciones?

—Hacedlas, respondió el jóven que acababa de esponer su teoría.

Pues bien, continúa el economista, comienzo por declarar, que vuestra concepción social no adolece mas que de dos defectos pequeños: es injusta y es impracticable. Es injusta, porque quereis que la sociedad antigua soporte el gravámen de un empréstito, destinado á suministrar gratuitamente capitales á algunos trabajadores á quienes concedéis un privilegio monstruoso, en perjuicio de la masa general, solo por beneficiar una parte. Os llama

mais el apóstol de la libertad y de la democracia, y los dos pilares del edificio social que tratáis de edificar, son el despotismo y la aristocracia, porque al establecer privilegios creais una nueva.

Vuestra objecion es especiosa, respondió el jóven; el despotismo del estado es necesario para establecer la nueva sociedad, pero desaparecerá cuando funcione con regularidad. Los trabajadores sociales serán privilegiados, es verdad; pero con el tiempo no habrá otros, y entónces ya no existirán los privilegios.

Esta es la táctica de todos los novadores, replicó el economista, ahogar la libertad en nombre de la libertad, constituir la aristocracia del pueblo bajo sobre la del alto: no habeis hecho en esto, sino seguir el camino abierto por vuestros predcesores. Pero no me detendré en estas bagatelas. La concurrencia, decís, es la guerra en el órden de los intereses; y yo os respondo en

nombre de la experiencia y de la razon, que no es la guerra, sino la lucha, la emulacion, el esfuerzo; es decir, la condicion misma de la existencia. Hay algunos que creen, que la armonia resulta del silencio de las pasiones y de la inmovilidad de las fuerzas, yo considero á estos como los bonzos del pensamiento. El mundo moral, como el material, tiene dos polos, cuya armonia no es producida, sino por la lucha de los elementos; estos dos polos son el interes y el deber, á cuyo derredor gravitan el hombre y la sociedad, el uno que suscita la emulacion de la inteligencia y de la fuerza, el otro que los arregla y modera para impedir que la lucha no se convierta en combate.

Argumento de un discipulo de Say y Benthan; respondió desdeñosamente el ven socialista.

Estos en efecto no se alababan de haber encontrado la última palabra de la ciencia.

replió el economista, pero han sentado principios, que todavía no han sido borrados por los sueños humanitarios. Nunca, es verdad, pudo ocurrir á estos economistas atrasados hacerse una arma destructora de la concurrencia que se maldice, para traer violentamente todas las industrias al regazo del estado. Este proceder tiene mucho de infernal. Arruinar á las gentes para decidir las á entrar en una asociacion, que aspiraria al monopolio industrial, nó seria imitar al embaucador Mahoma que por medios bárbaros y crueles, ha pretendido conquistar prosélitos á sus desoladoras doctrinas?

La cuestion no es saber, si los medios que propongo son violentos, respondió el socialista, sino si son eficaces para conseguir el fin que todos nos proponemos, el bienestar de la humanidad. Si son violentos é injustos, qué importa, si han de salvar al mundo! Una generacion será sacri-

ficada, lo confieso, pero qué es una generacion en la duracion de los siglos.

Consiento en aceptar la discusion sobre ese terreno, replicó el economista, dejo á un lado la razon de equidad. Destruya, mos, si necesario es, diez millones de hom- bres, siempre que esta hecatomba asegure la felicidad de las generaciones futuras; pero voy á probaros, que vuestras combi- naciones no son solo violentas; sino que son malas é ineficaces para curar.

Escuchemos, piensa Olibrius, que co- menzaba á desesperar del sistema de orga- nizacion del trabajo.

Admito, continúa el economista, que lle- gueis á impedir en el interior la concu- rrencia entre los obreros de un mismo ta- ller y entre los de un mismo pueblo. Pero eso será poco, ó mejor dicho nada, mién- tras los pueblos puedan hacer concurrencia entre sí por el genio industrial, por los ca- pitales y por las manos. Hé aquí el in-

conveniente de este sistema absoluto salido de un golpe de vuestra imaginacion; sólo podria tener algun resultado en el caso ver- daderamente problemático de un consenti- miento universal. No basta hacer de la Francia un convento industrial, era preciso que se observara la regla en toda la esten- sion del mundo. Mientras que la liber- tad de la industria existiera en alguna par- te, haria temblar á la enclaustrada con su concurrencia, y el contrabando quebraria vuestro cetro regulador.

Fourier previó vuestra objecion, esclama triunfantemente Parentean, y decretó la armonía universal del globo.

Sea en buen hora, respondió el economis- ta, Fourier ha sido mas lógico en lo absurdo; con un rasgo de su pluma ha falansteriado al mundo; faltasaber, si el universo observaria el decreto del omnipotente societario.

Nosotros lo obligaremos por la cabalista, vocifera Parentean.

Fourier es un bruto, responde un secretario de quien hablaremos mas adelante.

Parentean iba á replicar, pero el presidente agitando su campanilla, reclama el silencio, y el economista prosiguió:

Si no me hubiesen interrumpido, os habria citado el ejemplo de Mehemet-Ali. Es propietario del suelo egipcio, capitalista y arrendatario, pero no es dueño de fijar precio á los algodones que cosecha. El mercado de Alejandría sufre la influencia de los mercados abiertos á la produccion, como Nueva-York, y los de consumo, como el Havre y Marsella.

La igualdad de los salarios, la admitiria gustoso, siempre que me probeis la igualdad de las fuerzas y de la inteligencia. Las desigualdades sociales existen, y han existido en todos tiempos; son la consecuencia necesaria de las que la naturaleza ha puesto entre los hombres. Desde que en el mundo existen fuertes y débiles, inteligencias

ampliamente dotadas, y otras que apenas reflejan un rayo de la luz celeste, ha sido imposible á la sociedad colocar á todos los hombres en una misma línea. Si pagais lo mismo al que es débil, que al que es fuerte, si el que no trabaja tiene el mismo salario que el que sucumbe á la fatiga, no diré solamente que eso es absurdo, sino que es inmoral, porque desorganizais el trabajo, cosa santa, en lugar de organizarlo, y haceis de un pueblo valeroso y fuerte, un pueblo de holgazanes y miserables.

Deteneos, esclama el jóven socialista, no me habeis comprendido, yo no he cerceado del orden industrial, como suponeis, la emulacion que es en toda reunion el aguijon del trabajo, solo la he transformado. El soldado obedece por el punto de honor militar; el trabajador socialista obedecerá por el honor del trabajo; será declarado vil é indigno, el que esté sin hacer algo. Los obreros del porvenir serán co.

mo los soldados de la sociedad moderna que deben, so pena de infamia defender valientemente su bandera.

Vuestra comparacion parte de una base inexacta, respondió el economista, no conozco ejército que enteramente halla su primido en sus líneas el resorte del interes personal, que quereis abolir en las legiones industriales. El soldado obedece á las leyes del honor, pero tiene tambien delante la perspectiva de un legitimo ascenso; si se libra de la muerte, tomará por asalto el despacho de oficial. En el ejército inglés, en que están limitados para los simples soldados los ascensos á los grados inferiores, se ha juzgado necesario agregar al sentimiento del deber, el estimulante energético del interes prometiendole ó concediendole á todos parte del botin. Hay resortes que no obran sobre las naturalezas groseras; es preciso resignarse á colocar los apetitos al lado de los sentimientos y de los principios.

Todo legislador debe tomar á la naturaleza humana como ella es; el sentimiento de la conservacion hace parte de nuestros instintos; es necesario sin duda oponerle la simpatía y el deber para impedir, que no tome un desarrollo esclusivo, y que degenerare en egoismo; tengamos presente la persona y la familia al organizar la sociedad. Las leyes de Dracon no fueron ejecutadas, porque escedian á las fuerzas del hombre.

Bien sé que vais á decirme, existe un medio de resolver la cuestion arreglando el salario segun las necesidades; pues bien, este sistema seria el peor; moralmente, la regla de las necesidades, al exitar todos los apetitos, llevaria en línea recta al desorden; quitaria de la sociedad la dedicacion y el sacrificio; el mas brutal sensualismo reinaria sobre la tierra; nada distinguiria al hombre del bruto. Con este sistema, V. talio tendria derecho á una renta de cien

mil francos, y Pedro Corneille á la ración de un soldado.

Terminaré estas consideraciones generales sobre vuestro sistema, agrega el economista, con dos palabras; prohibís con todas vuestras fuerzas el tocar á la arca santa de la familia, y al mismo tiempo la haceis tiras, porque la discordia entre los hombres y la promiscuidad de las mugeres, serian los primeros efectos de la vida en comun. Decís con empeño que no sois comunistas, y por mas que os esforzais, os es imposible disimular el fondo de vuestro pensamiento, bajo el resplandor y los adornos de la forma, sois comunistas porque cuando el taller nacional, segun vuestros votos y previsiones, haya invadido y absorvido toda propiedad, todo capital, toda industria, se confundirá necesariamente con el estado, y no será otra cosa que la comunidad nacional.

El joven socialista, que habia escuchado hasta aqui á su contradictor con una visi-

ble impaciencia, se levanta repentinamente y le dice con cólera.

Hé aqui como sois vosotros, discípulos de Malthus; no sabeis batir en brecha, si no con los viejos argumentos del pasado, con las teorías todavía imperfectas que el tiempo está destinado á presentar; desfigurais el socialismo para hacerlo horroroso á las ojos de las masas.

No, respondió el economista, digo, lo que es sin temor y sin cólera; vosotros sois comunistas y lo sabeis mejor que yo; os disfrazais á la vista de la multitud, y gracias á este disfraz habeis conseguido que vuestro comunismo llegue á seducir, sobre todo en las clases obreras, á un gran número de espíritus que lo habrian desechado, si se presentara sin máscara. La fatal máquina de la organizacion del trabajo ha escalado por sorpresa y á la sombra de la república los muros de la sociedad, pero no quedará en ellos.